

L · I · B · R · E

Pensamiento

verano 2004 | 5 euros

45

¿PROHIBIR PARA PROTEGER
EL ORDEN CONSTITUCIONAL?

LA FALTA DE TIEMPO

ESCLAVOS EN LA POSGUERRA:
EL CANAL DE LOS PRESOS

DOSSIER: ACERCA DEL ISLAM

El nuevo/viejo vecino musulmán:
velos, desvelos, tragedia,
luchas interiores, comercio...

índice

LA FALTA DE TIEMPO 4
Ramiro Pinto Cañón

ISLAMISMOS: VIOLENCIA CONTRA REFORMA 12
Javier Aisa

CONTRA TODOS LOS INTEGRISMOS 20
Jean-Louis Phan Van

LO QUE EL VELO VELA Y DES-VELA 24
Carlos Díaz

HISTORIAS DE VELOS EN LA CNT FRANCESA 30
Jean - Pierre Fournier

LA MUNDIALIZACIÓN DESDE ABAJO. CREVILLENTE, ENCRUCIJADA COMERCIAL DEL MEDITERRÁNEO 36
Claude Llena

¿PROHIBICIÓN PARA PROTEGER LA CONSTITUCIÓN? 42
Jesús Casquete

CUATRO TESIS DE MAYO 48
Enrique Falcón

...Y DA ESPLENDOR 56
Jose

VENCIDO Y HUMILLADO 64
A. R.

EL CANAL DE LOS PRESOS 70
Gonzalo Acosta y Cecilio Gordillo

Consejo Editorial

Chema Berro, Félix García, Carlos Taibo, Carlos Ramos, José Luis Ibáñez, Agustín Morán, Paco Marcellán, Antonio Morales.

Director-Coordinador

Antonio Rivera

Coordinación técnica

Mikel Galé

Diseño e impresión

Textos i Imatges S.A.

Redacción

Calle Sagunto, 15, 28010 Madrid
Tel. 902 19 33 98. Fax. 914 45 31 32
e-mail: suscripciones@rojonegro.info
web: www.rojonegro.info

Depósito Legal: V-1735-1991

I.S.S.N: 1138-1124

L · I · B · R · E
Pensamiento

PAPELES DE REFLEXIÓN Y DEBATE

CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO (CGT)

Nº 45 — VERANO 2004



Los resultados de las recientes elecciones al Parlamento europeo han dejado patentes las insuficiencias del proceso de construcción política del viejo continente. La ciudadanía de los veinticinco estados que conforman el actual proyecto ha dado la espalda a las diferentes propuestas políticas, conformando unos niveles de abstención inhabituales por estos pagos. La defección que ello manifiesta es aún superior en los nuevos estados miembros, más débiles, menos imbuidos del discurso europeísta, aunque muy susceptibles de las consecuencias positivas y negativas de su “nueva” condición europea. En la “vieja” Europa, se ha disparado el número de los abiertamente opuestos al proceso, celosos de una continuidad nacional que ven en peligro a los efectos culturales, políticos y económicos ante la emergencia de la nueva construcción interestatal. Incluso donde las cosas han transcurrido con una cierta normalidad, la confrontación política poco o nada ha tenido que ver con las estrategias respecto de Europa, y sí con una versión “sui generis” de las habituales lides electorales nacionales, o acaso el discurso nacionalista estatal marcando los contenidos más importantes (vg. en nuestro caso, el planteamiento del PP de que el Estado español “se hiciera fuerte” en Europa).

La construcción europea no es una idea nueva y sus fundamentos se remontan a Monnet y Schuman, tras la Segunda Gran Guerra. De la original propuesta económica se ha ido pasando a otra de corte político, con arreglo a ciertas exigencias de los tiempos. En la actualidad, la idea central de la Unión es constituir un poder en el mundo que a los efectos económicos y políticos le sitúe respecto de otros: básicamente, el de la monopotencia norteamericana, pero no solo (vg., según los momentos, Japón, Extremo Oriente...). Cuestión no menor –aunque de momento más retórica que otra cosa– es que la vieja Europa constituya políticamente un contrapeso respecto de la soberbia unilateralista de los Estados Unidos, a la hora de abordar la solución a las presentes crisis internacionales (vg. los Balcanes, la invasión de Irak, el largo conflicto israelo-palestino...) o a situaciones de flagrante vulneración de los derechos humanos (del nuevo terrorismo de justificación islamista al acreditado estos días terrorismo de estado norteamericano).

En paralelo, a nadie se le escapa que esa construcción tiene que ver también con intereses de orden económico que, aunque aparentemente, representados en los tradicionales estados, encuentran su protagonismo en la influencia de las transnacionales en esos mismos estados. Eso y los intereses “estatales” que defienden éstos como una forma de sostener, por un lado, a determinados colectivos y actividades (vg. la discutible y fundamental Política Agraria Comunitaria), y, por otro, de dar forma política a las necesidades de las grandes estructuras y empresas (vg. libre circulación de mano de obra, definición profesional de ésta, carácter de la deslocalización dentro de Europa, políticas de precios y en relación al mercado mundial (proteccionismos más o menos camuflados)...).

Simplificar en exceso ante lo que se advierte con suficiente abundancia de datos como un proceso histórico de gran importancia, sería algo erróneo. Estamos ante la “Europa de los mercaderes”, con sus *lobbys* en Bruselas favoreciendo los intereses del neoliberalismo; estamos ante la “Europa fortaleza”, intolerante con sus ciudadanos vecinos extracomunitarios y concebida como espacio exclusivo de bienestar; estamos ante la “Europa de los Estados”, pensada no como nueva realidad política de ciudadanos europeos sino como una todavía indefinida federación de viejos estados-nación



deseosos y celosos de guardar sus esencias patrias y sus porcentajes de representación-bloqueo en las futuras instancias políticas europeas...

Efectivamente, estamos ante todo eso y mucho más. Ante una Unión que se construye a partir de déspotas más o menos ilustrados que prescinden del pueblo soberano; ante un galimatías competencial e institucional que se hace incomprensible; ante unos procesos soberanistas que no guardan ninguna de las cautelas propias de esos momentos (todavía la mayoría de estados no es partidaria de proceder a referenda para aprobar o no los futuros textos constitucionales, redactados en total ignorancia de sus ciudadanos); ... En definitiva, un proceso que en el fondo y en la forma dista mucho de ser ejemplar.

Y ése es el problema. Sin caer en irenismos o ingenuidades fuera del tiempo, a sabiendas de que los procesos históricos se construyen desde el concurso y bajo la dirección del grupo o clase social dominante, no cabe duda de que la construcción europea es un viejo sueño de idealistas de diferentes momentos. A día de hoy, una Unión Europea de los ciudadanos y de los derechos sociales, y no de la economía de las transnacionales y de los estados, constituiría antídoto adecuado para la emergencia de nacionalismos de aldea, cuanto más ricos más capaces y mejores, cuanto más pobres más peligrosos e insensatos; serviría para consolidar una experiencia histórica reciente que, con sus evidentes miserias y problemas, ha demostrado una cierta capacidad para proporcionar garantías, derechos y bienestar a sus habitantes; frenaría las tentaciones y demostraciones de la monopotencia americana, y su capacidad para subvertir valores humanos, que creíamos indiscutibles, a partir del discurso de los llamados “neocon”; enfrentaría otra potencia de intereses a la hora de intervenir en crisis y tragedias internacionales aparentemente—calamitosa y buscadamente- interminables; asentaría unas reglas de juego para la economía continental (y hasta lo posible internacional) que pusieran coto a realidades como la deslocalización, el “dumping” social, la subordinación de los ciudadanos extracomunitarios, la apuesta por el adelgazamiento del gasto social y su contrapartida en incremento de la pobreza, la precariedad del empleo y de las consiguientes formas de vida, y, en general, la búsqueda alocada del beneficio y del desarrollo que hoy gobierna nuestras sociedades.

Ciertamente, en una Europa en la que el llamado Partido Popular Europeo de los Berlusconi, Aznar, Chirac y compañía es el primer grupo en esa Cámara que no han votado ni de lejos la mitad de los convocados, lo anterior, la ilusión histórica de un continente marcando buenas reglas y maneras, parece una ingenuidad o un imposible (precisamente histórico). Y, sin embargo, no debiera ser así. El zapatazo de los ciudadanos en la pasada elección no es sino muestra evidente de hasta qué punto un proceso que debiera ser ilusionante, por hacerse de espaldas y en contra de la ciudadanía, es rechazado por ésta. Toca ahora a los políticos decorar el escenario y hacer eso que llaman “un esfuerzo de acercamiento a los ciudadanos”. Cualquiera que conozca mínimamente los procesos de construcción de estructuras sociales sabe que el momento clave es el proceso de socialización, cuando las personas hacen propia, sentimental e informalmente, la nueva realidad. Al respecto de la Unión Europea, de una Europa política, estamos a años luz de esa socialización.

Con todo, no sería bueno volver a arrojar el agua sucia con el niño dentro. La idea en sí es buena y oportuna; el procedimiento, las intenciones y la dirección del proceso son lo

que la han convertido en bastarda. A la hora de elegir, no es menos acertado ni más utópico el creer que se debiera construir con nuestro protagonismo otra cosa de lo que vemos, que optar por negarlo todo... simplemente porque con las fuerzas actuales no sea posible nuestro modelo o, cierto, que lo que vaya a salir de lo realmente posible constituya un nuevo y más peligroso oponente para la mayoría social.

En el próximo número de Libre Pensamiento, incluiremos de manera gratuita un DVD

sobre la especulación en el barrio de las Californias de Madrid.



La falta de tiempo

“Los europeos están convencidos de que el tiempo funciona independientemente del hombre, de que su existencia es objetiva, en cierto modo exterior, que se halla fuera de nosotros y que sus parámetros son medibles y lineales. (...) El europeo se siente como su siervo, depende de él, es su súbdito. Para existir y funcionar, tiene que observar todas sus férreas e inexorables leyes, sus encorsetados principios y reglas. Tiene que respetar plazos, fechas, días y horas. Se mueve dentro de los engranajes del tiempo; no puede existir fuera de ellos. Entre el hombre y el tiempo se produce un conflicto insalvable, conflicto que siempre acaba con la derrota del hombre: el tiempo lo aniquila.”

“Los africanos perciben el tiempo de manera bien diferente. Para ellos, el tiempo es una categoría mucho más holgada, abierta, elástica y subjetiva. Es el hombre el que influye sobre la forma del tiempo, sobre su ritmo y su transcurso. El tiempo, incluso, es algo que el hombre puede crear, pues, por ejemplo, la existencia del tiempo se manifiesta a través de los acontecimientos, y el hecho de que un acontecimiento se produzca o no, no depende sino del hombre. (...) El tiempo aparece como consecuencia de nuestros actos y desaparece si lo ignoramos o dejamos de importunarlo. (...) Traducido a la práctica, significa que si vamos a una aldea donde por la tarde debía celebrarse una reunión y allí no hay nadie, no tiene sentido la pregunta: “¿Cuándo se celebrará la reunión?”. La respuesta se conoce de antemano: “Cuando acuda la gente”.

Ryszard Kapuscinski, *Ébano*.

R A M I R O P I N T O C A Ñ Ó N

AFILIADO A CGT LEÓN

Un día tal que el 13 de abril de 2002, la CGT de León convocó una manifestación contra la falta de tiempo. Pudo parecer una anécdota, pero quienes la convocamos pretendimos lanzar un debate, profundo y liberador, a la sociedad. Hay algún foro específico sobre este tema en la red, pero está visto que la mayoría de las personas carece de tiempo para reflexionar al respecto. Semejante carestía afecta a nuestra relación con todo lo que nos rodea. Y, desde luego, es un problema sindical de primer orden. O debería serlo.

Hay un dato significativo, como es que entre 1850 y 1950 el incremento de productividad se tradujo en una reducción de la jornada laboral hasta lograr llegar a las cuarenta horas semanales. Sin embargo, en las cinco décadas siguientes, en las que se ha incrementado la productividad y la aplicación tecnológica es muy superior, la reducción no ha continuado e, incluso, en muchos casos el número de horas de trabajo es mayor y, además, mal pagadas. Según fuentes oficiales de la Organización Internacional del Trabajo, el estrés laboral es el segundo problema de salud europeo, sólo después del tabaco, sin que sea éste un dato conocido por la opinión pública. ¿Acaso no habrá que poner un cartel en las empresas que diga: “El exceso de jornada y el trabajo precario y temporal son malos para la salud”, además de anuncios en televisión sobre esta cuestión?

Por sí sólo, estos datos son preocupantes. Pero es mucho más, porque se convierte en un problema social que se transmite de lo económico a las demás facetas de la vida. La falta de tiempo es un instrumento con el cual se nos domina y con el que “construimos el Poder”. Nos impone pautas y conductas, pensamientos y emociones, a cada individuo concreto. Lo curioso es que, por paradójico que parezca, tales pautas parten de cada sujeto. Es a través de la falta de tiempo por donde podemos darnos cuenta de cómo se construye el Poder y somos dominados, sin advertirlo, porque somos los ejecutores y las víctimas, al mismo tiempo, de dicho proceso. Una situación que deberá ser estudiada en profundidad, ya que es un factor que si no se comprende es imposible controlar y, mucho menos, luchar contra él. Esta nueva categoría no es sino una fase más en la evolución del Poder. En consecuencia, la lucha contra la merma de libertades debe avanzar en este sentido. Si no lo hacemos así, las demás luchas serán estériles. Para entender esta situa-

ción pensemos en algo tan cotidiano como encender la televisión. Tenemos la libertad de elegir el canal que queramos, de poner en funcionamiento o no el aparato. Pero más allá de esas elecciones, la televisión se ha convertido en el electrodoméstico más usado y en una forma de ocio que ocupa un lugar privilegiado en nuestros hogares. Los programas más bodrios son los que más audiencias tienen, sin que en apariencia nadie ni nada nos obligue a ello. Como audiencia, construimos una industria de la imagen que mueve miles de millones de euros, y a la vez nos somete a su programación y a su visión del mundo-consumo.

No es lo mismo ir de prisa que ir con prisa

El problema es cuando las prisas forman parte de nuestro ritmo vital. Llegamos a tener prisa como una sensación permanente, independientemente de que tengamos que ir rápido o no. Dicha sensación es lo que, de una manera aproximada, podemos llamar estrés. Pero normalizamos tal sensación al querer justificarla y hacemos más y más cosas porque tenemos prisa, o mejor decir: tenemos sensación de prisa. O sea: *no tenemos prisa porque tengamos mucho que hacer, sino que hacemos muchas cosas porque sentimos la prisa dentro de nosotros*. Esto puede ser una paradoja teórica, pero nos va a permitir comprender muchas situaciones que tienen que ver con el mundo laboral moderno y con la economía actual.

La prisa es un ritmo que afecta a nuestra vida cotidiana. Nos impide elegir actividades que requieren reposo y sosiego, como son leer, reflexionar, asistir a reuniones, tertulias, charlar... No tenemos tiempo para este tipo de actividades, pero sí para otras, que requieren de un ritmo trepidante: dar una vuelta por un centro comercial lleno de barullo en el que el consumidor lo es compulsivamente, sin plantearse si no está cumpliendo con un ritual de rapidez/eficacia en el consumo que le perjudica, ir de bares, asistir a actividades masivas en las que siempre hay que estar entrando a empujones... Somos espectadores de espectáculos que hacen pasar el tiempo de manera rápida. Por ejemplo, en el montaje cinematográfico actual predomina la velocidad ante todo, agobiante en muchas películas, acostumbrando a generaciones de espectadores/consumidores que se aburren ante cualquier ritmo más lento y/o intimista. Semejante proceso provoca la costumbre de hacer *zapping* al ver la te-

política ya no se mide en ideas o proyectos sociales, sino en resultados por unidades de tiempo, que son periodos electorales o entre unas elecciones y otras. De tal forma que la mercadotecnia anula la reflexión y el pensamiento político. Las críticas y manifestaciones contra la guerra, por ejemplo, llegaron a ser reduccionistas y simplonas, ligadas al logro de efectos mediáticos y nada más. De esta manera, estamos dominados, sin poder lograr una transformación de la realidad. Precisamente porque tenemos la sensación de

La prisa es un elemento dinamizador, símbolo de eficacia, y nos acabamos sacrificando para su consecución, igual que en otras épocas se sacrificó la vida a los dioses.

que se transforma permanentemente, cuando no es sino una sensación, que adquiere realidad en nuestra prisa interior, la ideología dominante y vacía de hoy.

En los últimos cincuenta años, el desarrollo de la tecnología ha cambiado la vida social en todos los ámbitos más que cualquier revolución de antaño o algún nuevo invento de otras épocas. La tecnología se extiende mediante su comercialización y cambia hábitos, costumbres, relaciones laborales, personales, de salud. Ahora bien, sucede una paradoja. Por ejemplo, respecto a la salud, hay mejores medios técnicos para atender enfermedades o urgencias, nuevas tecnologías para operar y curar enfermedades que hasta hace poco eran impensables, desde el trasplante de todo órgano a todo lo que significa la clonación o el uso de células madres. Pero esa misma tecnología genera radiaciones, ondas electromagnéticas, contaminación y demás que afecta negativamente a la salud, física y psíquica, de la población.



Tener más tiempo... para vivir menos

Se supuso que la tecnología iba a sustituir una gran parte del trabajo de los seres humanos -tal es su sentido y esencia- y que ello nos permitiría tener más tiempo disponible. Lo que ha sucedido es que la vivencia del tiempo se ha acelerado, la tecnología ha impuesto un ritmo, que unido a la mentalidad de eficacia, arrastra y controla nuestras vidas. En lugar de disfrutar los nuevos avances, los padecemos. Gracias a las nuevas tecnologías, en cualquier trabajo el ahorro de tiempo es de un 50% como mínimo. Pero no se reduce el tiempo laboral, sino que se incrementa. Por ejemplo, en la banca, se traduce en horas extras y fuera del horario laboral. Sobran horas, y lo que se hace es prejubilarse a un porcentaje amplio de la plantilla, para los demás ocupar más tiempo laboral. El trabajo doméstico es mucho más cómodo con los electrodomésticos. Se suponía que cada vez sería más compatible el trabajo casero con el de fuera. El resultado es que las mujeres entre 35 y 55 años padecen tres veces más la enfermedad del estrés laboral que el resto de la población, tal como aporta un conocido estudio de Viçenc Navarro.

El problema del sometimiento moderno sucede desde una mentalidad determinada, de manera que acontece un conflicto mental, bastante extendido, como elemento visible. En este terreno sucede el estrés. Como analizó Michael Foucault, el conflicto mental sólo se soluciona cuando se establecen nuevas relaciones con el medio. Lo que quiere decir que actualmente tenemos que plantearnos nuevos ritmos y una nueva relación con el tiempo. Es un cambio muy profundo en el seno de nuestra economía, que ha invertido el sentido del trabajo. Por una parte el empleo ha dejado de ser un medio para resolver necesidades de subsistencia o de enriquecimiento y se ha transmutado en una finalidad, de manera que se crean necesidades e incentivos fiscales para promover la creación de puestos de trabajo, lo cual es absurdo y acaba perjudicando a la sociedad en su conjunto. Por otro lado, se han creado los créditos al consumo y



masificado las hipotecas, para dinamizar la economía mediante el endeudamiento. Con ello sucede algo sumamente tergiversador de la realidad, como es que se transforma el hecho de trabajar para consumir en función a las posibilidades de cada cual en *consumir para luego tener que trabajar*, de cara a mantener ese ritmo de consumo. De manera que un trabajo en la familia es insuficiente, hay que buscar otras fuentes de ingreso y así se entra en una espiral en la que no queda tiempo ni para disfrutar de ese consumo. Es una rueda que nos atrapa. No sabemos cómo, porque no nos paramos a pensar sobre nuestra manera de vivir.

La rapidez con que sucede todo esto hace que no nos demos cuenta y que entremos en una inercia que hace que funcione por sí solo este engranaje, del cual es muy difícil salir. De alguna manera, el Poder, como diría Foucault, se construye, y lo estamos construyendo desde dentro, de manera que quedamos atrapados en él. Y no sólo es represivo, sino que produce consumo y prisa. De esta manera, a la vez que se privatizan los bienes públicos, dejamos de ser ciudadanos y ciudadanas para pasar a ser clientes, tanto de productos como de partidos políticos o de actos culturales. Porque la falta de tiempo afecta a nuestra comunicación con el mundo y a nuestra manera de ser.

El tiempo también se construye y su vivencia en la actualidad tiene mucho que ver con la técnica. En su obra *El Ser y el Tiempo*, Martín Heidegger analizaba este tema. Cuando reflexionaba al respecto, empezaba a emerger el tiempo como “problema social”. Hoy vivimos su apogeo. Por tal motivo, sus palabras adquieren gran actualidad. Para este filósofo existencialista, “el ser es el tiempo, como sentido de ser en el tiempo”. Y lo relaciona con la técnica, la cual, según él, no es nada técnico, sino que hace que todo suceda sin un debate, sin una reflexión. El resultado es la supeditación del individuo a la técnica, siendo ésta la que marcará el ritmo de vida. Pensemos que actualmente estamos en los albores de una nueva dimensión social. Podemos darnos cuenta del fenómeno de la prisa, pero el gran debate sobre los avances científicos se desarrolla sin cauce político, sin ser ca-

paces de colocar sus resultados desde el pensamiento social y político. Temas como la clonación, la agricultura transgénica o las nuevas formas energéticas deben ser conocidas por todos y entre todos razonar su desarrollo.

Para Heidegger, el tiempo se presenta a la conciencia como intuición vacía, por eso se muestra en el tiempo. Llega un momento en el que la función del tiempo se apodera del ser. Es lo mismo que un caballo de carreras: llega un momento en el que pierde su sentido de animal, de correr como algo propio, y se convierte en mercancía, en objeto. De la misma manera, las personas modernas pierden la capacidad de ser sujetos, y pasamos a ser objetos de un mundo económico que nos domina y define. La cura de esta situación puede parecerse a lo que el

filósofo al que nos hemos referido llama “*temporar la temporalidad*”, en un sentido fenomenológico, lo cual quiere decir que la lucha por tener libertades y ejercerlas debe acompañarse de otra más profunda y necesaria, que es *la de ser libres*. En este proceso adquiere gran relieve la capacidad de tomar conciencia de nuestro tiempo y controlar nuestro ritmo, antes de que nos siga dominando a nosotros, a partir de lo cual viene el convertirnos en objetos de un mercado global, ser engranajes de una maquinaria productiva que nos arroja al consumo de manera que nos transformamos en objetos de la economía, lo mismo que los fanáticos lo son de sus creencias religiosas o ideologías políticas. Como dirían los bosquimanos de África, “*vosotros tenéis los relojes, nosotros el tiempo*”.

